

cion para los predicadores.

40. Traducir y recitar el sermón de un santo.

44. Dos obras útiles á los predicadores.

42. Recomendacion á los superiores para que se dediquen á formar los

El décimo es un consejo que se da á los predicadores nuevos, y consiste en elegir un sermón notable de algun santo, traducirle y pronunciarle en lengua vulgar, como si fuera obra propia suya, delante del superior, el cual examinará con cuidado de qué modo desempeña el principiante el ministerio de la predicacion.

El arbitrio undécimo es leer cuidadosamente dos obras que para instruccion de los predicadores compusieron dos sugetos versadísimos en la predicacion. El autor de la primera, que es la mas larga y muy util, es el P. Carlos Regio. La segunda, muy breve, pero recomendable por su método y excelentes advertencias, fue compuesta por el P. Mazarini.

El arbitrio duodécimo mira á los superiores, á quienes se recomienda que velen con la mayor diligencia para formar buenos predicadores y sobre todo para hacer cumplir exactísimamente todo lo que se ha determinado sobre los estudios, su método y tiempo que ha de emplearse en ellos. Asimismo se les reco-

preciso ser fiel á todo lo que prescriben nuestras reglas, y dedicarse con diligencia á alimentar en su corazón un zelo ardiente por la santificacion de las almas, un santo amor de Dios, una devocion sólida y el espíritu de oracion. Importa tener á menudo dias de retiro, en los cuales se procurará reanimarse y perfeccionarse en todas estas virtudes.

Tambien se ha de huir, en cuanto sea posible, de todo lo que puede distraer del trabajo necesario para la predicacion, y mas aun de todo lo que puede disminuir en nosotros el espíritu interior y la devocion: tales son las conexiones de amistad con los seglares y sus frecuentes visitas. Asimismo se ha de evitar el recibir regalos de ellos. Se insiste sobre esta instruccion, especialmente con respecto á las mujeres (n.º 8).

mienda elegir un buen prefecto de estudios, poner la atencion en que se hagan advertencias formales á los nuevos predicadores para corregirlos de sus defectos, y separar de la predicacion á los jóvenes superficiales asi como á los que andan en busca de adornos afectados si no se enmiendan.

predicadores nuevos.

CUARTA PARTE

DEL LIBRO SEGUNDO.

ADVERTENCIAS DE S. FRANCISCO JAVIER Á LOS
PREDICADORES.

Observaciones preliminares (1).

Males es-
pirituales
de los
pueblos
de las In-
dias.

Si hubo jamás un espectáculo capaz de inflamar el zelo de un varon apostólico, fue el que se presentó á S. Francisco Javier cuando arribó á las Indias. Poblaciones enteras yacian en la idolatria; pero no era esto solo lo que tenia que llorar la fé. Los mas de los cristianos no observaban mejor conducta que los paganos: la corrupcion de las costumbres habia llegado á su colmo: la avaricia habia multiplicado los fraudes de toda clase: un asesinato se tenia por una bagatela, y aun se jactaba el asesino como si hubiera hecho una cosa loable. Habia hombres hasta de edad muy avanzada que ignoraban los rudimentos de la religion. Habiasse abolido en cierto modo el uso de la confesion y comunion, y si alguno por casualidad impelido de los remordimientos de su conciencia queria reconciliarse con Dios á los pies de un sacerdote, no se atrevia por respetos

(1) Véase la vida de S. Francisco Javier por el P. Bouhours, jesuita.

humanos á hacerlo sino de noche y ocultamente.

Para remediar S. Francisco Javier tan grandes males imitó el ejemplo de los apóstoles: orar con fervor y anunciar la divina palabra. Estas son las armas que empleó para destruir el imperio del demonio: *nos autem orationi et ministerio verbi instantes erimus* (Act. VI, 4).

El dia 6 de mayo de 1542 desembarcó el santo en Goa, capital de las Indias (1), y fue á hospedarse al hospital, siendo inútiles todas las instancias para que aceptara una habitacion mas cómoda. Allí pasaba la mayor parte de la noche en oracion y no daba al descanso mas que tres ó cuatro horas. Al rayar el dia volvía á ponerse en oracion y luego decia misa. Empleaba toda la mañana en visitar y consolar á los enfermos, y por la tarde iba á ejercer el mismo deber de caridad con los presos.

A la vuelta recorria la ciudad con una campanilla en la mano, y rogaba en alta voz á los padres de familia que enviaran por amor de Dios sus hijos y esclavos á oír la doctrina. Estaba bien persuadido de que si los niños llegaban á instruirse sólidamente en las verdades de la religion y formarse en los ejercicios de piedad, poco á poco resucitaria el cristianismo en Goa, en vez de que si continuaban sin instruccion ni disciplina, nunca se lograria reducir á unas gentes

Instru-
ciones
doctrina-
les y ser-
mones del
santo en
Goa.

(1) La ciudad de Goa está situada al otro lado del Ganges en una isla que lleva el mismo nombre: era la residencia del obispo y del virey y el lugar mas considerable de todo el Oriente para el comercio. La edificaron los moros cuarenta años antes que pasasen los europeos á las Indias. D. Alfonso de Alburquerque, apellidado el Grande, se la quitó á los infieles el año 1510 y la sometió á la corona de Portugal.

que mamaban la inmoralidad y el vicio casi con la leche.

Los niños rodeaban al santo en cuadrillas, ya acudiesen ellos espontaneamente por una curiosidad natural, ya los enviasen sus padres por el respeto que profesaban á aquel, aunque eran tan viciosos. S. Francisco los llevaba á la iglesia, donde les explicaba el símbolo de los apóstoles, los mandamientos de Dios y las prácticas de piedad usadas entre los fieles. Aquellas tiernas plantas recibian facilmente las impresiones que nuestro santo les daba, y por los niños empezó la ciudad á mudar de aspecto, porque oyendo todos los días al varon de Dios se volvieron modestos y devotos: su modestia y devocion eran una censura tácita de la disolucion de las personas entradas en años. A veces daban los hijos lecciones á sus padres que hacian á estos entrar en sí y les infundian una santa confusion de su vida criminal.

Entonces empezó S. Francisco Javier á predicar públicamente, y todo el pueblo concurría á sus sermones, y para que los indios comprendiesen sus instrucciones tan bien como los portugueses, hablaba un dialecto medio portugués y medio indio que era el de los indígenas. Pintaba la muerte, el juicio y el infierno con unos colores tan vivos y un tono tan inspirado, que estas grandes verdades hacian profunda mella en los oyentes. El silencio religioso con que le escuchaban, y la consternacion retratada en los semblantes mostraban á las claras la turbacion interior de las conciencias despedazadas por los remordimientos. Las palabras del santo eran oidas como las de un hombre bajado del cielo, y despues del sermón algunos pecadores, á veces los mas escandalosos, iban arrepentidos de sus enormes crímenes á rogarle que los confesara. El ejemplo de estos desvaneció enteramente los

respetos humanos que apartaban á otros muchos de la confesion. Bien pronto se vió cercado el confesonario del santo por una multitud de penitentes, que se echaban á sus pies detestando sus pecados con sollozos y gemidos y solicitando con lágrimas la divina misericordia; y fueron tantos, que en una carta escrita á la sazón manifestaba el santo que aun cuando hubiera podido dividirse en diez lugares, en todas partes hubiera tenido suficiente ocupacion.

Los frutos de penitencia correspondieron á tan dichosos principios. Se rompieron los tratos criminales: se restituyó la hacienda mal adquirida: se introdujo la piedad en todas partes: se frecuentaron los sacramentos de la penitencia y eucaristía tanto como antes se habian despreciado: en una palabra los cristianos de Goa tomaron tan buenas costumbres y mudaron de conducta en tales términos, que parecia que eran otros hombres.

El santo emprendió despues la conversion de los idólatras. La relacion de sus afanes y viajes que seria prolijo individuar aqui, nos le muestra donde quiera como un apostol infatigable que repartía el tiempo entre la oracion, la instruccion de los pueblos y la administracion de los sacramentos. Nadie ignora los ópimos frutos de su predicacion.

Volvió á Goa el 20 de marzo de 1548, y en este mismo año tuvo el consuelo de ver arribar cinco misioneros jesuitas que le enviaban de Europa. Uno de ellos era el P. Gaspar Barzeo, de nacion flamenco: el santo habia oido ya hablar de él como de un excelente operario y de un predicador bonísimo; pero conoció mejor su mérito por la alta estimacion, la confianza y el cariño que habia infundido á todos sus compañeros de navegacion, entre los cuales muchos caballeros persuadidos de los ejemplos y discursos del P. Gaspar fue-

Noticia
del P. Gas-
par Bar-
zeo.

ron á echarse á los pies de S. Francisco solicitando ser admitidos en la compañía de Jesus. De este número fueron el capitan del navío y el gobernador de una de las principales fortalezas que los portugueses poseian en las Indias. En algunos halló el santo tan felices disposiciones que no dilató su admision: la de otros la dejó para mas adelante. Al cuarto dia del arribo del P. Barzeo le hizo predicar, y le sirvió de mucho consuelo ver por sus propios ojos cuán apto era para anunciar la divina palabra.

Le detuvo pocos meses en Goa, y luego le envió á Ormuz, ciudad considerable á la entrada del golfo Pérsico. Reinaban entonces en ella enormes vicios, que habia introducido la mezcla de naciones y sectas diversas. Aunque el santo tenia ventajosa idea de la sabiduría y virtud del P. Barzeo, no dejó de darle instrucciones particulares por escrito para ayudarle á conducirse bien en una mision tan importante.

Despues de la partida del P. Barzeo S. Francisco se puso en camino para el Japon, á donde aportó el 15 de agosto de 1549. Allí residió poco mas de dos años, y luego tuvo que volver á Goa para ciertos asuntos que reclamaban necesariamente su presencia: el principal era este.

Noticia
del P. Antonio Gomez.

Antes de emprender el viaje al Japon habia nombrado rector del colegio de Goa al P. Antonio Gomez segun la intencion ó mas bien por orden del P. Simon Rodriguez, que habia enviado á Gomez á las Indias á los tres años de concluido su noviciado, y tenia una autoridad absoluta respecto de aquellas misiones por ser provincial de la provincia de Portugal de la cual dependian las Indias.

Gomez tenia eminentes prendas que no suelen hallarse reunidas. Era versadísimo en la filosofía, en la teología y en los cánones, excelente predicador, muy

habil para gobernar, inflamado en zelo por la conversion de las almas, siempre dispuesto á trabajar en las misiones mas penosas y siempre infatigable en el trabajo; pero era muy apegado á su propio dictamen, no seguia mas que sus miras y obraba mas por la viveza de su temperamento que por el espíritu de Dios.

En cuanto tomó posesion del oficio de rector, empezó á ejercerle segun su capricho aun á vista de San Francisco Javier, que no habia partido todavía para el Japon, y que viendo cuán poco conforme era el gobierno de Gomez al espíritu de la compañía quiso enviarle á Ormuz. Mas el virey cuya gracia habia sabido captarse Gomez, se opuso á que saliese de Goa y á que se le quitara su empleo.

Asi que se marchó el santo, Gomez lo trastornó todo en el colegio. Empezó arreglar los estudios por el plan de la universidad de Paris donde él habia estudiado: todos los dias hacia cambios y novedades con una altanería y rigor inflexible. Todavía mas: prescribia prácticas de la mas perfecta piedad á los niños que se educaban en el colegio; y como no las desempeñaban bien, los castigaba severísimamente. De aqui se originaban entre aquellos jóvenes quejas, intrigas y disgusto hasta tal punto que muchos saltaron de noche las tapias y se escaparon. Entonces Gomez á quien irritaban las contradicciones, despidió á todos los niños del colegio.

En seguida fue á la ciudad de Cochin donde le habian ofrecido la fundacion de otro. El capitan de la fortaleza le dió desde luego una iglesia contra la voluntad del vicario general de Cochin y no obstante la oposicion de una hermandad á quien pertenecia la iglesia. Se disputó la validez de la donacion ante los tribunales, y á Gomez exasperado con la resistencia se le puso en la cabeza seguir el pleito y conseguir la iglesia

á toda costa; lo cual indignó tanto al pueblo de Cochín, que escribió en queja al rey de Portugal.

Noticioso S. Francisco de lo que pasaba, volvió del Japon á toda prisa y se encaminó á Cochín en derecha. Allí suplicó al vicario general, al magistrado de la ciudad y á toda la cofradía que se reunieran en el coro de la catedral, y cuando estuvieron congregados se echó á sus pies, les pidió perdon de lo ocurrido, les presentó las llaves de la iglesia y se la cedió enteramente. Entonces se vió cuánto mas facil es conseguir las cosas con la sumision que arrebatarlas con la altanería. Los cofrades entregaron las llaves al santo é hicieron donacion auténtica de la iglesia al colegio de la compañía.

Terminado felizmente este asunto volvió á Goa, reunió los niños que pudo, ya de los despedidos, ya de los que se habian marchado voluntariamente, los hizo volver al colegio, y puso por rector en lugar de Gomez al P. Barzeo, á quien habia llamado de Ormuz, y dió ademas el cargo de vice-provincial de la de Jesus en las Indias. En vano protestó abiertamente el P. Barzeo que no tenia talento para gobernar. El santo que conocia muy bien sus excelentes cualidades, le mandó en virtud de santa obediencia que aceptase ambos cargos. Mas para consolar algo su humildad le dió por escrito instrucciones amplísimas sobre el modo de gobernar á sus inferiores y conducirse él mismo. Todo esto pasó en 1152.

No restaba mas que castigar al culpado. S. Francisco le habló primero con mucha blandura del castigo que habia merecido; pero la altivez de Gomez se irritó al oír la palabra castigo, respondió con arrogancia, y no se mostró dispuesto á obedecer. Esta resistencia determinó al santo á despedirle de la compañía. Sin embargo no quiso quitarle el hábito en Goa por no dar es-

cándalo y le envió á la fortaleza de Diu con orden para que los jesuitas residentes allí le notificaran su expulsion y le obligaran á regresar á Portugal. En efecto se embarcó; mas habiendo naufragado la nave en que iba, pereció. Este fue el desastroso fin de un hombre colmado de los dones de la naturaleza y de la gracia, y que lo convirtió todo en su ruina por faltarle la humildad y la obediencia.

Ordenadas todas las cosas en Goa partió S. Francisco Javier para la China; mas no pudo llegar allá y murió en la isla de Sannan el dia 1.º de diciembre del año 1552.

Sus cartas reunidas cuidadosamente despues de su muerte serán un monumento eterno de su zelo y prudencia: el santo las escribió en portugués, y las tradujeron en latin los padres Turselino y Pousinet, jesuitas. El ilustrísimo Abelly, obispo de Rhodéz, las tradujo en frances el año 1660; pero esta version sobre floja é incorrecta era muy incompleta. En 1828 se publicó una nueva traduccion mucho mas completa y escrita con calor y elegancia: en el prólogo se hace un magnífico elogio de las cartas del santo; pero no se exagera nada. Todo descubre en estas cartas un apostol lleno de prudencia, de piedad y de zelo. Podrá formarse juicio por los trozos que hemos sacado de ellas y damos á continuacion, en que el santo enseña el modo de anunciar la divina palabra.

El núm. 1 es un extracto de lo que dice el santo sobre este objeto en las instrucciones que dió al P. Barzeo al enviarle á Ormuz.

El núm. 2 contiene un plan de conducta trazado al mismo religioso sobre los medios de conservar la humildad entre los triunfos de la predicacion.

En el núm. 3 recomienda el santo templar el zelo con la dulzura. Este trozo está sacado de una carta es-

Cartas del santo.

Indicacion de los documentos que componen la cuarta parte de este libro.

crita al P. Barzeo cuando el santo le nombró rector del colegio de Goa.

El núm. 4 es un extracto de una carta al P. Heredia, jesuita. Este que residía en Ormuz, desempeñaba mal el ministerio de la predicacion por culpa suya: el santo le da consejos utilísimos sobre las cosas que debe reformar para aprovechar á los otros.

El núm. 5 contiene un extracto de una carta al P. Nuñez, rector del colegio de Bazin. Este religioso no tenía disposicion natural para predicar. El santo le manifiesta que á pesar de eso serán muy útiles sus sermones con tal que sepa ganar la confianza y el amor de los pueblos.

Por último el núm. 6 es el extracto de una carta escrita al jesuita Juan Rodriguez, residente en Ormuz. Del fin de la carta aparece que era un hombre avanzado en la perfeccion, y sin embargo habia cometido grandes faltas por su caracter altanero y áspero: se habia malquistado con muchas personas, y en particular con el vicario general de Ormuz á quien habia faltado al respeto y obediencia: queria llevarlo todo por arrogancia: no guardaba ningun miramiento en el calor de sus sermones, y no reparaba en irritar los ánimos y enemistarlos contra él por sus modales imperiosos. S. Francisco le da graves repreciones y hasta le amenaza con despedirle de la compañía si no varía enteramente de conducta. Le manda en particular que vaya á echarse á los pies del vicario general, y que le pida perdou y le prometa completa obediencia para lo sucesivo.

EXTRACTO

DE VARIAS CARTAS

DE S. FRANCISCO JAVIER.

N.º 1.

Extracto de una carta escrita en Goa al P. Gaspar Barzeo en marzo del año 1549 al enviarle á la mision de Ormuz.

§. 1. Buscad siempre con vivo zelo los oficios mas humildes: en esta aficion particular á todo lo que parece vil á los ojos del mundo, se conoce el espíritu de un verdadero ministro de Jesucristo. Quanto mas os ocupeis en esta clase de oficios, mas adquirireis y acrecentareis la virtud de la humildad. Os recomiendo pues que no fieis á nadie, sino que ejerzais por vos mismo un cargo despojado de todo brillo exterior, y es el de los doctrineros que enseñan á los pequeñuelos y á las personas simples las oraciones que todos los cristianos deben saber de memoria. Hacedselas repetir palabra por palabra con mucha paciencia á los hijos de los portugueses, luego á sus esclavos y por último á los indigenas. Los que os vean complaceros en este ejercicio y dedicaros á él con zelo, conocerán que no sois altanero, y la opinion que conciban de vuestra modestia les

Dedicarse á explicar la doctrina.